

universalista más generoso. Y soplar con hálitos cosmopolitas, en las llamas del incendio revolucionario, sin dardes, sin embargo, en pasto y en sacrificio, la madera del pino de la tradición o del roble floral.

Esto ¿pudo aprenderlo verdaderamente en Proudhon? ¿No debió de obedecer, mejor, en las obscuridades de su alma a algún mandato ancestral antiquísimo? ¿No traduce este pensar suyo algo como el alma del Mediterráneo, donde cada cosa conserva la limpieza de su contorno, pero sin

oponerse a las que tienen cerca, antes ligándose a ellas amorosamente, en armonías, que, a veces, con extrema elegancia, hija de la misma simplicidad, se quedan sencillamente en simetrías? ¿No fué también un griego a su manera el defensor de aquel federalismo en que revivirá, modernizada, la fórmula nacional, la *Idea* de la Grecia múltiple y unitaria, de la Grecia anfictionica y lúdica?

EUGENIO D'ORS

(A. B. C. Madrid).

La hora que pasa

El grillo cantor

EN esta noche tibia y perfumada, se ha refugiado en mi alcoba, como un heraldo lírico, un grillo cantor. Viene del jardín o tal vez de la montaña vecina, huyendo quizá de las asechanzas de un sapo feo y repugnante. Yo sé que este animalejo deforme y envidioso de tus lindas serenatas nocturnas está enamorado de la misma estrella que tú cantas. No tengas miedo. En mi cuarto de soltera tendrás la protección que se da a los débiles y a los prendados de un ideal lejano. Y acaso tú sepas, como yo, que el verdadero amor está en amar sin esperanzas. ¿Por cuál estrella te has enloquecido, que así cantas con tanta persistencia? ¿Aldebarán, Sirio, Venus?

En una invertida copa de cristal tengo ya prisionero a este amigo inofensivo, cuya visita es anuncio de alegría. He bajado al jardín y he recogido para él las primeras gramas frescas humedecidas en rocío matinal. De rato en rato lo observo atentamente y como es de día no ha cesado un sólo instante de rascar la única cuerda de su violín, pero a la sordina. La carrera a saltos le debió producir cierta sofocación, porque en algunas gotas de agua que en la copa quedaron, con visible alegría apagó la sed que lo devoraba.

Su traje es del color del hábito franciscano, la cabeza es más oscura que el resto del cuerpo y semeja el casco echado hacia atrás del Mercurio de Juan de Bolonia, las patas traseras ganchudas y los dos tentáculos delanteros que le sirven para explorar tienen una flexibilidad asombrosa y casi son como videntes. Para cantar frota sus dos alas y ejecuta un suave balanceo. En sus alas trae aromas de montaña, olor a musgos y a tomillos silvestres.

Sé que no eres bonito, grillo amigo, como los escarabajos de oro con capa-

razón tornasolada, pero en cambio tienes el dón celeste de la gracia, la inefable delicia de afinar tus serenatas en las horas nocturnas y de saber guardar silencio ante el matinal milagro del día. Y es que tú sabes que el fuego candoroso de la gracia vale más que la belleza serena y fría.

Cuando por dos o tres noches hayas deleitado mi alma con el dón lírico de tu canto, te devolveré al bosque, te daré la libertad de que antes gozabas, pues acaso tú sabrás disfrutar mejor que los humanos de este bendito privilegio de la libertad que pocos espíritus se merecen, privilegio que nosotros hemos falseado y en cuyos círculos nos enredamos lamentablemente.

Vaso de amor

EL camino está solitario y los campos envueltos en la paz del atardecer, una paz dulce y buena.

En un recodo encuentro una muchachita que llena su cántaro en el chorro plateado que salta de una roca. El agua fresca llena el vaso de barro con un ritmo que encanta mi oído, y yo pienso en ti ¡mi amor! que vas llenando mi vida con una música sencilla y maravillosa, como el agua que colma el ánfora de la niña campesina.

Música celeste

EN los trópicos, estas noches de mayo son imponentes. En el cielo aterciopelado de negro a fuerza de ser azul, las estrellas fulgen con más intensidad, y cuando vuelan de un punto a otro nos hacen la impresión de abejas de luz que llevarán un mensaje amoroso. En este mes la Cruz del Sur se ha enderezado completamente y cuelga en el espacio como una recordación del sacrificio del Nazareno hu-

milde. Yo gusto en estas noches divinas de echarme en tierra a escuchar el ritmo pitagórico de los astros, y al cabo de algunas horas me levanto con el espíritu más sereno de oír este íllimite hervor sideral, con cuya música incomprendida se alaba a Dios en su inconmensurable grandeza.

A fuerza de pretensiones nos sentimos soberbios, pero para apreciar cuán pequeños somos no tenemos más que volver los ojos al cielo y escuchar la musicalidad de los mundos. Sólo nuestra alma podría compenetrarse con esos ritmos lejanos, pero está enclavada en nuestra carne mísera, enclavada por los apretados garfios de los Siete Pecados.

Gota de rocío

HE visto muy de mañana temblar una gota de rocío en una hojita de yerba, bajo el follaje espeso. Más tarde un rayo de sol que se deslizó a través de las frondas tocó la hoja de yerba y la gota de rocío subió a las nubes.

Mi corazón humilde era en mi cuerpo como la gota de rocío en la hojita de yerba, y tú, Amor, me has tocado con tu varilla mágica y mi corazón ha ascendido hasta las celestes esferas.

BLANCA MILANÉS

San José, Mayo, 1924.

Yigüirros de mi pueblo

Para la Srta. LILIA GONZÁLEZ

Yigüirros de mi pueblo que vierten alegría sobre estos verdes campos de paz y de labor, tal vez con vuestros cantos la tierra se reanime y el hombre sienta anhelos de una vida mejor.

En torno de esta escuela brindáis ese tesoro de mágica ternura que hay siempre en vuestra

[voz;

quizá por eso sienten los niños alegría; tal vez al escucharos se embriagan de ilusión.

«Hermanos de las lluvias» os llaman los [labriegos

pues las «primeras aguas» despiertan vuestra [voz;

después como en salterios cantáis por las [mañanas,

y al despedirse el día trináis una oración.

Yigüirros de mi pueblo que váis por esos [campos,

siguiendo varios rumbos en melodioso afán, un mundo de esperanzas revive al escucharos, pues vuestro canto es fuente de inagotable paz.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, 1924.